



MICHAEL ŽANTOVSKÝ

Havel

Una vida

Galaxia Gutenberg

Michael Žantovský

Havel

Una vida

Galaxia Gutenberg



CENTRO CHECO
ČESKÉ CENTRUM

La publicación de esta obra ha sido posible gracias a la generosa ayuda de Štěpánka y Karel Komárek.



Con el apoyo del Centro Checo

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Havel. A Life*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2016

© Michael Žantovský, 2014
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 15104-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-22-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para David, Ester, Jonáš y Rebeka

Siempre he creído que lo que ha pasado alguna vez nunca puede deshacerse, así que en realidad todo dura para siempre. El ser, lisa y llanamente, tiene memoria. Así que incluso mi insignificancia –un niño burgués, asistente de laboratorio, soldado, tramoyista, autor teatral, disidente, preso, presidente, pensionista, fenómeno público y eremita, presunto héroe y miedoso encubierto– estará aquí para siempre, o más bien, no aquí mismo, sino por algún sitio. No en otro lugar. Por aquí.

VÁCLAV HAVEL,
Sea breve, por favor

Prólogo

Habría que plantearse tres preguntas, por lo menos de forma implícita, y darles respuesta, o por lo menos intentarlo, antes de que una nueva arboleda sea víctima de la idea de escribir un libro. ¿El argumento es de algún interés para alguien, aparte del autor? ¿Ha habido otros tratamientos del asunto que pudieran satisfacer dicho interés? ¿Es el autor la persona adecuada para escribir sobre ello?

Václav Havel fue uno de los políticos más fascinantes del siglo pasado. Su singular biografía, que va de la riqueza a la pobreza y de nuevo a la riqueza, se presta fácilmente a explicaciones simplistas, pero no cabe duda de que desempeñó un papel destacado a la hora de dejar a un lado una de las utopías más fascinantes de todos los tiempos, y de que presidió una de las transiciones sociales más espectaculares de la historia reciente.

Aunque mucha gente, incluido el propio Havel, a menudo se asombraba de la naturaleza de cuento de hadas de su repentina elevación al más alto cargo del país, en realidad no hubo nada de milagroso ni accidental en ello. Como intentaré mostrar en este libro, la ambición de «arreglar el mundo» estuvo presente en la vida de Havel desde que, con diez años, imaginó una fábrica para producir «el bien» en vez de bienes. Dotado de un sentido de la responsabilidad hipertrófico, que le llevó a resistir y a perseverar ante las adversidades, y afrontando la tarea

que tenía ante sí con una disciplina y una iniciativa no tan evidentes pero igual de reales, Havel surgió en noviembre de 1989 como el candidato no sólo más probable, sino también como el único plausible para liderar la revolución.

Aun así, a Havel no se le puede reducir de forma simplista a la categoría de disidente o de político. Fue también un pensador formidable, que intentó constantemente aplicar los resultados de su proceso razonador, así como los preceptos morales que estaban en la raíz de ese proceso, a su compromiso práctico en el ámbito de la política. Puede que algunos cuestionen que Havel haya sido un pensador original de una relevancia duradera. A pesar de ser una persona muy leída, carecía de la educación formal, de la erudición en sentido amplio, y de la disciplina sistemática de un verdadero experto, y él mismo solía recordarles a sus lectores y sus oyentes ese hándicap. Su filosofía moral puede reducirse a tres conceptos, que están indisolublemente vinculados a su nombre. El primero, el «poder de los sin poder», que también es el título de su ensayo más conocido, es casi un eslogan por su simplicidad. Constituye una excelente consigna, pero a primera vista no parece ser aplicable a la mayoría de las situaciones cotidianas, donde el poder está en manos de los poderosos, y los sin poder no son más que eso. Paradójicamente, resulta todavía más difícil de aplicar cuando repentinamente los sin poder pasan a ocupar puestos de poder. Y, sin embargo, ese concepto encontró una expresión indeleble en la que probablemente ha sido la única revolución de la historia que no dejó víctimas. El segundo concepto, «vivir en la verdad», tiene casi un tinte mesiánico, y expone a su autor a la acusación de ser un soñador, un hipócrita o cosas peores. Conforme a las definiciones más corrientes de la «verdad», a veces es posible sorprender a Havel en contradicción con sus propias en-

señanzas, pero muy pocos serían capaces de encontrarle defectos a su determinación de estar a la altura de ese principio en la medida de lo posible. El concepto de «responsabilidad», arraigado en la «memoria del ser» completa el trío. Lo demás, como suele decirse, son comentarios. Havel no ha dejado tras de sí ninguna obra integral, ni un sistema filosófico formal. En una parte de su pensamiento metafísico, sobre todo en su época como presidente, Havel se balancea peligrosamente al borde de las tendencias *new age* y de la filosofía pop. Sin embargo, en casi todo su pensamiento hay una claridad moral y una coherencia cristalinas.

Además, pero no al margen de su papel como disidente, político y pensador, Havel fue un escritor maravilloso, ingenioso y original. Su éxito en ese ámbito no le debía nada a su estatus y su renombre público como disidente o como político; de hecho, fue un factor que entró en juego mucho antes de que Havel se convirtiera en el preso de conciencia checoslovaco más famoso, y aun mucho antes de que llegara a ser presidente de su país. Por el contrario, podría argumentarse que la carrera pública de Havel impuso serias limitaciones a su actividad como escritor. Los momentos culminantes de su obra creativa llegaron a mediados de los años sesenta, con obras de teatro como *Una fiesta en el jardín* (1964) y *El comunicado* (1965). Aunque nunca fue visto con buenos ojos por los comisarios comunistas para el arte, Havel disfrutó de una considerable libertad artística, y de numerosas oportunidades durante aquel periodo. *Odcházeni* [La retirada] (2008), su última obra de teatro, que empezó antes de embarcarse en la presidencia y concluyó poco después de abandonarla, es un esclarecedor recordatorio de su potencial como escritor. El periodo que transcurre entre sus primeras obras y la última contiene pequeñas joyas, como las obras de un solo acto *Audiencia* (1975) e *Inauguración* (1975),

impactantes dramas morales como *La tentación* (1985), fascinantes hazañas como la *Ópera de los mendigos* (1972) y *Largo desolato* (1984), y lo que podrían considerarse fracasos, como *Los conspiradores* (1971) y *El hotel de montaña* (1976). Las dos autobiografías disfrazadas de entrevistas con Karel Hvížďala, *Dálkový výslech* [Interrogatorio a distancia] (1986) y *Sea breve, por favor* (2006), dan fe tanto de la extraordinaria capacidad de introspección de Havel como de su humor subversivo. Sus escritos en prosa, en el apogeo de su etapa como disidente, entre los que se incluyen algunos de sus ensayos más memorables y la excepcional obra epistolar que es *Cartas a Olga*, son híbridos de escritura creativa, filosofía y prosa política, que se apreciaban mejor en el contexto en que fueron escritos; a pesar de todo, algunos de ellos claramente han superado la prueba del tiempo y las circunstancias cambiantes.

Por último, estaba Havel el hombre, una persona que conseguía dejar su huella en los demás a través de unos medios tan peculiares como su propia vida. Ya desde su adolescencia, Havel fue un líder que marcaba las agendas, que marchaba en primera línea, que iba mostrando el camino. Sin embargo, nada de ello tenía que ver con la monomanía de un auténtico visionario, sino que Havel lo hacía con una falta de seguridad en sí mismo, con una bondad y una amabilidad tan inquebrantables (y a menudo injustificadas), que él mismo lo caricaturizaba en algunas de sus obras; por añadidura, esos rasgos iban de la mano de un omnipresente sentido del humor y del absurdo, que casi siempre era amable, a veces malvado, pero nunca cruel. Era un hombre que daba lo mejor de sí mismo en compañía, era el corazón y el alma de la fiesta, que ganaba amistades con facilidad y las correspondía generosamente. Un hombre encantador, que diría un inglés.

No obstante, también estaba el otro Havel, un «manojo de nervios»,¹ deprimido, enfermo, furioso ante su propia impotencia, que se evadía con la bebida, los fármacos, las enfermedades y, en ocasiones, con las aventuras sexuales poco meditadas. Su confianza no flaqueó ni por un momento cuando se puso al frente de millones de personas y contempló la posibilidad de una represión armada a manos de los tanques que rodeaban Praga en noviembre de 1989. Sin embargo, cuando efectivamente llegó a ser presidente, con todo lo que conlleva el poder, raramente estuvo seguro de estar a la altura de la tarea; él mismo admitía que acabó desconfiando de sí mismo. Al intentar vivir en la verdad, se evaluaba a sí mismo, aunque nunca a los demás, conforme a sus estándares imposiblemente exigentes, e invariablemente fracasaba conforme a su propio criterio. Un hombre imperfecto, como todo el mundo.

Así pues, la única forma de explicar y comprender la enorme y perdurable popularidad y relevancia de Havel —como quedó claro tras su fallecimiento— es teniendo en cuenta no sólo las áreas individuales de su obra y de su actividad, fascinantes y valiosas ya de por sí, o explorando los aspectos individuales de su compleja personalidad, sino más bien apreciando cómo encajan las piezas en un todo coherente, imperecedero y mutuamente reafirmante, aunque paradójico, que fue muchísimo más que la suma de sus partes. Havel fue el ejemplo supremo de «lo que se ve es lo que hay», auténtico, genuino, real de una manera a la que la mayoría de la gente tan sólo puede aspirar, y por la que estaría dispuesta a matar la mayoría de los políticos. Incluso sus defectos fueron reales, no los pecadillos de la caricatura de un famoso que se inventan los medios de comunicación.

1. *Sea breve, por favor.*

Se da la circunstancia de que existen numerosos estudios biográficos previos de Havel desde distintas perspectivas y ángulos, en checo, en inglés y en otros idiomas, todos ellos –salvo uno– escritos antes de la muerte de Havel.¹ Todos ellos contienen valiosas claves para comprender múltiples aspectos de la vida, la obra y la personalidad de Havel. Obviamente, son fragmentarios: ningún relato de una vida puede estar completo hasta que esa vida se acaba; pero también son fragmentarios en el sentido de que se centran en un componente específico del mito de Havel, ya sea el punto de vista del hombre que ha sido un marginado y un rebelde toda su vida, o su actitud ambivalente ante la política en general –y ante su presidencia en particular– o su filosofía moral, su creatividad artística o su despreocupado estilo de vida. Dicho esto, por supuesto no existe eso que llaman una biografía definitiva, y por consiguiente este libro está destinado a ser considerado un simple peldaño en el camino para descubrir al verdadero Václav Havel.

Y por último, ¿por qué yo? Fui un íntimo amigo de Václav Havel, pero no sería capaz de afirmar que fui la persona más próxima a él, ni que lo conocía desde hacía

1. A mi juicio, los tres más interesantes son *Acts of Courage: Václav Havel's Life in the Theater*, de Carol Rocamora; y, por desgracia tan sólo disponibles en checo, *Václav Havel, duchovní portrét v rámu české kultury 20. století*, de Martin C. Putna, y *Politika jako absurdní drama: Václav Havel v letech 1975-1989*, de Jiří Suk. También hay tres biografías genéricas, aunque incompletas, *Václav Havel: el reto de la esperanza*, de Eda Kriseová (Espasa Libros, 1993), *Václav Havel: A Political Tragedy in Six Acts*, de John Keane, y (en checo) *Disident, Václav Havel 1936-1989*, de Daniel Kaiser, que vale la pena leer por su abundancia de detalles y por sus interesantes, aunque a veces discutibles, puntos de vista. Mi agradecimiento a todos ellos por haberme servido como fuente.

más tiempo. Lo conocí durante dos tercios de su vida, pero tan sólo llegué a conocerlo bien durante el último tercio. Durante ese periodo fuimos íntimos, pero justamente debido a los vericuetos de la historia que él contribuyó a escribir, y a las obligaciones que supuso para ambos, estuvimos sin vernos durante largos periodos. De hecho, uno de los misterios de Havel –y sobre el que este libro tan sólo puede arrojar un poco de luz– es quiénes fueron realmente las personas más próximas a él. Aparte de sus dos esposas, y de su hermano Ivan, que fueron la familia que tuvo en su vida adulta, y tal vez el desaparecido Zdeněk Urbánek, que alternaba entre sus papeles de álgter ego y superego de Havel, hay muchas personas que tuvieron una íntima relación con él, y sin embargo ninguna de ellas sería capaz de afirmar que fue su mejor amigo o amiga sin que otra le disputara el título. Al mismo tiempo que el cariño y la cordialidad, en la personalidad de Havel había cierto desapego, una sensación de distancia, un núcleo impenetrable donde era imposible adentrarse.

Eso también explica una cierta asimetría en las relaciones personales de Havel, incluida la nuestra. Al margen de lo importantes que fueran para él distintas personas en diferentes momentos, siempre existía una sensación de que ellas le necesitaban más a él que él a ellas. Por lo que yo sé, no había un esfuerzo deliberado por su parte de dominar o de ponerse por encima de los demás. Por el contrario, tendía a ser excesivamente modesto, muy crítico consigo mismo, incluso parecía sumiso ante sus amigos y, sin embargo, al final siempre quedaba por encima. Estoy convencido de que ésa era la clave secreta de su peculiar pero extrañamente eficaz estilo como líder, y por esa razón trataré esa cuestión por extenso más adelante.

No me cabe duda de que Havel y yo nos sentíamos a gusto cuando estábamos juntos, y que compartimos muchas risas, muchos momentos de tristeza, bastantes copas

y algunos momentos increíbles, tanto antes como después de que él llegara a ser presidente. El momento compartido del que más orgulloso estoy no fue cuando ambos nos dirigimos «conjuntamente» a los asistentes a una sesión conjunta del Congreso de Estados Unidos, como contaré más tarde, ni cuando me presentó a la reina Isabel. Por el contrario, fue cuando me dejó llevar sus efectos personales en una bolsa de malla el 17 de mayo de 1989, cuando salió por la puerta lateral de la cárcel de Pankrác en el momento de su puesta en libertad tras cumplir su última condena.

Durante los dos primeros mandatos (entre 1989 y 1992) de sus cuatro como presidente, probablemente pasé más tiempo con Václav Havel que ninguna otra persona, incluida su esposa. No se trata de un indicador de mi importancia, sino que se debía a la naturaleza de mi trabajo: en calidad de portavoz y secretario de prensa, tuve que estar presente en todos y cada uno de sus viajes en el extranjero, en todas sus citas infructuosas y en todos sus actos públicos ya olvidados, para poder informar posteriormente de todo ello a la prensa en nombre de un presidente al que no le gustaba demasiado ser el centro de atención de los medios.

Yo tenía un enorme respeto por sus ideas, su sinceridad, su imperturbable amabilidad, su autenticidad y su valentía. Aun así, eso no siempre me llevaba a estar de acuerdo con él, tanto acerca de las decisiones prácticas que tenía que tomar como presidente como sobre la filosofía que había detrás de ellas. Una parte de mi trabajo consistía en hacer de abogado del diablo, y justificar que algunas cosas se hicieran de una forma distinta, o que se hicieran cosas distintas, o que no se hiciera nada en absoluto. Ocasionalmente –aunque no muy a menudo– yo me imponía. Eso a su vez dio lugar a mi nombramiento para un papel paralelo como coordinador político del gabinete

del presidente, un ascenso problemático, ya que carecía de facultades específicas, y casi siempre resultaba imposible hacer cumplir su autoridad en un equipo de amigos.

Con el tiempo nuestras diferencias fueron en aumento, no en términos de nuestras metas, ni de nuestra visión del mundo ni de nuestro papel en él, sino en términos de la gestión práctica de la presidencia. Para bien o para mal, yo tenía la sensación de que a Havel iba a hacérsele cada vez más difícil tener un impacto real en los acontecimientos políticos y sociales del país a menos que él organizara a la enorme masa de sus partidarios y admiradores en una fuerza política eficaz, o que por lo menos les permitiera organizarse. Havel respetaba el argumento, y en gran medida compartía mi análisis, pero al final prefirió vivir con el hándicap de no disponer de una maquinaria política antes que bajar a la arena de la política entre facciones. Por mi parte, ésa fue una decisión suya que yo tuve que respetar. No obstante fue una de las principales razones de mi salida del gabinete presidencial al final del segundo mandato de Havel, aunque me invitaron a seguir en él. En la primavera de 1992, tomándonos unas copas, Havel aceptó con elegancia mis razones para marcharme, y apoyó plenamente mi nombramiento como embajador en Washington, mi siguiente paso profesional. Nunca dejó de apoyarme, y siguió siendo generoso con su tiempo y su amistad, a través de tres continentes, y siempre que surgió la ocasión.

Mi relación con Havel puede calificarse con una palabra que yo utilizo con la máxima reticencia. Pero si el amor no sólo significa apreciar a otra persona y disfrutar de su compañía, sino cuidar de ella, preocuparse por ella, pensar constantemente en ella a través de grandes distancias y durante considerables periodos de tiempo, y estar pendiente de su aprobación y de sentirse correspondido por esa persona, entonces lo que yo sentía era amor. Sos-

pecho que yo no era la única persona del círculo íntimo de Havel que definiría de esa forma su relación con él. Fue ese vínculo lo que nos mantuvo unidos, y lo que nos animó a seguir durante los enloquecidos comienzos de la transformación democrática de Checoslovaquia.

Querer tanto al sujeto de la biografía de la que uno es autor no es necesariamente la mejor cualificación para escribirla, ya que conlleva el riesgo de caer en la hagiografía, carecer de perspectiva y distorsionar los hechos. Aunque no estoy seguro de poder sortear todos esos peligros, en su mayoría ocultos bajo el agua, podría hacer algo peor que recurrir a mi profesión original, la de psicólogo clínico. Un aspecto menos grato pero esencial de esa profesión, y de otras disciplinas médicas, es la capacidad de asumir una «postura clínica», es decir, la facultad de observar cómo otros seres humanos, incluidas las personas más próximas, luchan, triunfan, decaen, sufren y mueren, al tiempo que uno va tomando notas ecuánimes sobre la experiencia. Evaluar el resultado es tarea del lector.

18 de diciembre de 2011,
un día oscuro y frío

Se extinguió en lo más crudo del invierno:
Los arroyos estaban congelados, los aeródromos casi de-
siertos,
Y en las plazas la nieve desfiguraba las estatuas;
El mercurio se hundió en la boca del día moribundo.
Los instrumentos de que disponemos coinciden en decirnos
Que el día de su muerte fue un día oscuro y frío.

W.H. AUDEN,
«En memoria de W. B. Yeats»*

Era un domingo de invierno por la mañana, en Praga, el último fin de semana antes de las Navidades. Los pensamientos de la mayoría de la gente se centraban en envolver sus regalos y tal vez en descansar un poco. No había sido un año particularmente afortunado. Aunque a la República Checa le iba mejor que a la mayoría del resto de los países, en medio de una crisis de deuda soberana europea, la economía se estaba ralentizando y las medidas de austeridad empezaban a notarse.

La noticia, cuando se hizo pública, primero a través de las redes sociales y muy pronto a través de los medios en

* W.H. Auden, *Los señores del límite: selección de poemas y ensayos (1927-1973)*, trad. Jordi Doce, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, p. 129. (N. del T.)

general, causó conmoción, aunque no tenía por qué. Todo el país ya estaba al tanto de que el ex presidente estaba muy enfermo. Sus amigos eran conscientes desde la primavera de lo grave que era su estado. No era una consecuencia de una dolencia aguda, sino más bien de un agotamiento general progresivo, unido a una repentina pérdida de la voluntad y del espíritu combativo que lo habían caracterizado durante casi toda su vida.

Si no existía un interés permanente por el estado de Václav Havel, ni había una guardia de periodistas delante de su casa ante la inminencia de su muerte, era simplemente porque el ex presidente parecía una noticia vieja, que ya no era relevante para los acontecimientos y los asuntos del momento. Seguía siendo objeto de un interés moderado por parte de los directores de las revistas culturales y literarias debido a sus recientes éxitos creativos, y su nombre aparecía a veces junto al de su esposa en las páginas dedicadas a los famosos. La casa de Hrádeček, donde había pasado sus últimos meses, estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de Praga por una mala carretera comarcal, y con pocos hoteles o restaurantes en las inmediaciones. Para los sabuesos de la prensa, no valía la pena tomarse tantas molestias...

Petr Nečas, el primer ministro, que participaba en un magacín de televisión dominical en el momento en que se difundió la noticia, fue el primero en reaccionar públicamente. «Su muerte es una gran pérdida», dijo respetuosamente. No obstante, nada apuntaba a algo más que unos cuantos días de cortés luto nacional por una figura del pasado.

Poco después del mediodía la gente empezó a llevar flores y velas al Castillo y a colocarlas junto a la verja perimetral. También aparecieron flores y velas alrededor de la casa de Hrádeček. Alguien tuvo el bonito detalle de dejar dos botellas de cerveza de la fábrica de Trut-

nov, en la que Havel se había inspirado para escribir *Audiencia*.

A las dos de la tarde, el sucesor de Havel como presidente metió baza. «Václav Havel se ha convertido en el símbolo de nuestro moderno Estado checo»,¹ dijo Václav Klaus. Nadie esperaba que en aquel momento Klaus se mostrara poco generoso, y sin embargo había algo extraordinario en aquel extenso elogio por parte de un hombre que había discrepado con Havel en tantos asuntos cotidianos de la política checa.

Una multitud empezó a congregarse espontáneamente en la plaza presidida por la estatua de san Wenceslao, donde habían empezado las manifestaciones en 1989. Los asistentes, de pie, hacían tintinear sus llaves, igual que lo habían hecho en 1989. Un grupo marchó hasta el río, tomando el mismo camino que la manifestación de estudiantes del 17 de noviembre, que desencadenó la avalancha de Terciopelo, pero en dirección contraria. Los manifestantes se detuvieron ante la placa que conmemoraba aquel momento crucial de la historia de Chequia. Algunos dejaron paquetes de tabaco.

Hubo pocas expresiones públicas de pesar, nadie se rasgó las vestiduras ni cundió la histeria. Cuando, diez semanas después,² *sir* Tom Stoppard rindió un homenaje a Havel citando la elegía de John Motley a Guillermo de Orange: «Mientras vivió fue la estrella que guio a toda una valerosa nación, y cuando murió los niños pequeños lloraron por las calles»,³ él mismo admitió que había incurrido

1. Declaración del presidente de la República Checa con motivo del fallecimiento del ex presidente checo Václav Havel, 18 de diciembre de 2011, <http://www.klaus.cz/clanky/3002>.

2. «Remembering Václav Havel», RIBA, Londres, 1 de marzo de 2012.

3. John L. Motley, *The Rise of the Dutch Republic* (EBook n.º 4811 Project Gutenberg, 2012).

en una «hipérbole sentimental». ¹ Había un sentimiento de recuerdo compartido, de conmemoración y, sí, de homenaje. También hubo concentraciones en otras ciudades y pueblos a lo largo y ancho de toda la República Checa.

Era imposible no reflexionar sobre el contraste con otro tipo de luto nacional, al otro lado del mundo. Kim Jong II, el Amado Líder de Corea del Norte, había fallecido justamente la víspera. Allí, la paráfrasis de W.H. Auden de las palabras de Motley era irrefutablemente oportuna: «Cuando reía, los respetables senadores se partían de risa. Y cuando lloraba, los niños pequeños se morían por las calles». ² La agencia de noticias estatal de Corea emitía imágenes de enormes columnas de gente llorando al unísono. No cabe duda de que muchos de los 200.000 presos políticos del país también estarían llorando, aunque sus lágrimas fueran de alegría.

Empezaron a llegar los mensajes de condolencia de otros países, algunos oficiales, de los jefes de Estado y de Gobierno, otros de los amigos de Havel, de antiguos disidentes y escritores. La televisión pública rusa aportó una elegía de cosecha propia: «Václav Havel fue la principal fuerza motriz de la democratización en Checoslovaquia, y el sepulturero de la avanzada industria checa de armamento, cuya desaparición fue una de las causas de la desintegración de Checoslovaquia». Una declaración equilibrada, salida directamente de *Una fiesta en el jardín*.

El portavoz de la Asociación de Agencias de Viajes Checas logró ver el lado positivo. «Hace mucho tiempo que la República Checa no tenía tanta visibilidad como ahora», afirmó Tomio Okamura, que tan sólo unas semanas después anunciaba su candidatura a la Presidencia. «Durante

1. «Remembering Václav Havel», RIBA, Londres, 1 de marzo de 2012.

2. «Epitafio a un tirano» (1940).

el invierno la gente decide dónde va a ir a pasar sus vacaciones de verano, y aunque el fallecimiento de Havel es un hecho triste, es una publicidad muy buena para el país.»¹

El lunes, en lo que aún seguía siendo un asunto familiar, los restos de Havel fueron trasladados a Praga en un sencillo ataúd, y su capilla ardiente se instaló en el centro cultural Prague Crossroads, con sede en la iglesia gótica que él y Dagmar, su segunda esposa, habían restaurado y convertido en un santuario de la cultura y en un lugar de encuentro. Durante los dos días y noches siguientes, la gente hizo cola para presentar sus respetos. El Gobierno declaró el estado de luto. El Gobierno de Eslovaquia, un país que en un momento dado pareció repudiar a Havel, hizo lo mismo.

El miércoles, el Estado se hizo cargo de la situación. El féretro realizó el trayecto a través del río, ascendió hasta el Castillo, seguido por miles de personas. En el cuartel de la Guardia del Castillo colocaron el féretro en el mismo armón que se había utilizado para el funeral del primer presidente de Checoslovaquia, Tomáš Garrigue Masaryk, y lo llevaron hasta el Salón de Vladislav, en el Castillo de Praga, la sede de las ceremonias de coronación, del siglo xv, el mismo lugar donde Havel fue elegido presidente por primera vez. Una vez más, Klaus estuvo a la altura de las circunstancias: «Nuestra Revolución de Terciopelo y la era del restablecimiento de la libertad y la democracia siempre estarán ligadas a su nombre. A Havel le corresponde, más que a ningún otro, el mérito de la posición internacional de la República Checa, de su prestigio y su autoridad. [...] En su calidad de escritor y dramaturgo, Havel creía en el poder de la palabra para cambiar el mundo».²

1. «Václav Havel falleció el 18 de diciembre de 2011», www.lidovsky.cz, 19 de diciembre de 2011.

2. Discurso del presidente de la República Checa en el solemne

El viernes 23 de diciembre, el día del funeral, era también la víspera de Nochebuena, que señala el tradicional comienzo de las vacaciones de Navidad en Chequia. A pesar de lo inconveniente de la fecha, los aviones oficiales empezaron a aterrizar en una rápida sucesión en el aeropuerto Ruzyně de Praga, que muy pronto llevaría el nombre del fallecido. En lo que parecía una interminable procesión de limusinas negras, sus pasajeros, dieciocho jefes de Estado y de Gobierno y otros dignatarios, entre ellos el presidente Sarkozy y el primer ministro Cameron, Hillary y Bill Clinton, Madeleine Albright, Lech Wałęsa, John Major y el príncipe Hasan de Jordania, se dirigieron a la catedral de San Vito, en el Castillo de Praga, donde se reunieron con otros dos mil asistentes aproximadamente, altos funcionarios del Gobierno checo, amigos y familiares.

En un dilema que me resultaba familiar, yo me debatía entre la necesidad de llorar sin trabas a un amigo mío y mis obligaciones como embajador en la Corte Real del Reino Unido, que implicaban que yo debía estar en el aeropuerto para recibir al pie del avión al primer ministro británico y a sus predecesores. Sabía que no iba a poder llegar a la catedral a tiempo para la ceremonia, porque los primeros ministros iban a llegar con retraso y estaba previsto que su comitiva partiera directamente desde la pista, mientras que mi chófer me esperaba en la calle, a unos ochocientos metros. Sin una escolta policial, de la que únicamente disponía la comitiva, yo nunca iba a lograr cruzar los controles de seguridad a tiempo para la ceremonia. La responsable del servicio de escolta vetó con frialdad mis súplicas para que me permitieran viajar con la comitiva. Intentando pensar en lo que habría

acto en homenaje al fallecido presidente Václav Havel, 21 de diciembre de 2011, <http://www.klaus.cz/clanky/3005>.

hecho Havel, salté a bordo de la limusina de Sean MacLeod, la comprensiva embajadora británica en Praga, cuando ya había arrancado, antes de que la agente de la escolta pudiera decir una sola palabra a través del micrófono de la manga de su chaqueta. Me deslicé en mi asiento de la catedral justo en el momento en que sonaban las primeras notas de la música.

De la misma forma que Havel, un creyente no confesional, fue honrado en su elección con una misa *Te Deum*, ahora le homenajearon con una misa católica, acompañada por el *Réquiem* de Antonín Dvořák. Josef Abrhám, que interpretaba al canciller Rieger en la versión cinematográfica de *La retirada*, leyó el *Dies Irae*, unas palabras que reflejaban de una forma asombrosa la forma de pensar del propio Havel:

¡Cuánto terror habrá en el futuro
cuando el juez haya de venir
a juzgar todo estrictamente!
La trompeta, esparciendo un sonido admirable
por los sepulcros de todos los reinos,
reunirá a todos ante el trono.
La muerte y la Naturaleza se asombrarán,
cuando resucite la criatura
para que responda ante su juez.
Aparecerá el libro escrito
en que se contiene todo
y con el que se juzgará al mundo.

Havel no murió como un católico romano, y durante sus días finales nunca pidió los últimos sacramentos, pero a su sentido del teatro y del ritual le habría halagado la liturgia, celebrada por el cardenal Duka, que había sido su compañero de cárcel, y la procesión que la precedió. Habría disfrutado, aunque con cierto sonrojo, al escu-

char los elogios de sus amigos, de Madeleine Albright, del obispo Václav Malý, su colega en la Revolución de Terciopelo, y de Karel Schwarzenberg.

El presidente habló por tercera vez, esta vez sobre el legado espiritual de Havel, encarnado en las ideas de que «la libertad es un valor por el que vale la pena sacrificarse», que «es fácil perder la libertad cuando nos preocupamos poco por ella y no la protegemos», que «la existencia humana se extiende hasta el reino de lo trascendental, y es algo de lo que debemos ser conscientes», que «la libertad es un principio universal», que «una palabra tiene un tremendo poder; puede matar y puede curar, puede herir y puede ayudar», que la palabra «es capaz de cambiar el mundo», que «hay que decir la verdad, aunque sea incómoda», y que «una opinión minoritaria no es necesariamente errónea».¹ Aquel día se dijeron muchas palabras de elogio, pero es posible que éstas tuvieran un peso mayor que la mayoría, simplemente debido a la persona que las pronunció.

Mientras los jefes de Estado y los dignatarios extranjeros asistían a una recepción que ofrecía el presidente, los familiares y amigos de Havel, entre los que me incluía, nos dirigimos al salón funeral del crematorio de Strašnice, al otro lado de la ciudad, para un último adiós. Allí, a diferencia de la ceremonia de la catedral, los discursos fueron numerosos, improvisados, y en su mayoría muy sentidos, aunque poco memorables. Algunos de los amigos más íntimos de Havel optaron por no decir nada. Fue al mismo tiempo una oportunidad de saludar a todos los presentes y de decir adiós al que nos había dejado para siempre. Y así cayó el telón.

1. Discurso del presidente de la República Checa en la misa funeral celebrada en la catedral de San Vito, 23 de diciembre de 2011, <http://www.klaus.cz/clanky/3007>.

Todavía quedaba un tercer acto por llegar, una velada de música, interpretación y entretenimiento, para homenajear a Havel el intelectual bohemio, el aficionado al *rock 'n' roll* y jefe de una nación india, un título que le fue concedido en un festival de rock al aire libre celebrado en Trutnov. La velada tuvo lugar en el Salón Lucerna, que construyó el abuelo de Havel. El último número del programa corrió a cargo del grupo The Plastic People of the Universe, una banda que había desempeñado un influyente papel tanto en la vida de Havel como en la historia checa.

Fue una semana asombrosa, una semana de duelo por una pérdida, y de celebración de un gran hallazgo, o tal vez de un redescubrimiento. La gente salió de «su propia celda»¹ y por lo menos durante un rato se olvidó del invierno en ciernes, de las mil necesidades de unas Navidades en familia, y de las inciertas perspectivas que se avecinaban. La gente se unió en un rito de duelo y respeto, fue amable con el prójimo, y habló bien de sus enemigos. En aquella extraña mezcla de tristeza y alegría, parecía predominar esta última, la alegría por poder contemplar la grandeza. A Havel no le habría gustado esa palabra. Todo aquello le habría resultado un tanto embarazoso, y sus comentarios habrían transmitido una mezcla de modesto placer e ironía sutil, y una sensación de asombro ante una nación de la que en alguna ocasión dijo que era capaz de las más asombrosas hazañas de dignidad, solidaridad y valentía, aunque sólo fuera durante un par de semanas cada veinte años.

1. W.H. Auden, «En memoria de W. B. Yeats».